

2011

La nacionalización de las masas en el primer Maeztu (1898-1904)

Pedro González Cuevas
UNED, pgonzalez@poli.uned.es

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.asphs.net/bsphs>

Recommended Citation

González Cuevas, Pedro (2011) "La nacionalización de las masas en el primer Maeztu (1898-1904)," *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies*: Vol. 36 : Iss. 1 , Article 5.
Available at: <http://digitalcommons.asphs.net/bsphs/vol36/iss1/5>

This Article is brought to you for free and open access by Association for Spanish and Portuguese Historical Studies. It has been accepted for inclusion in *Bulletin for Spanish and Portuguese Historical Studies* by an authorized editor of Association for Spanish and Portuguese Historical Studies. For more information, please contact jesus@udel.edu.

La nacionalización de las masas en el primer Maeztu (1898-1904)

PEDRO GONZÁLEZ CUEVAS
Universidad Nacional de Educación a Distancia

1898: la crisis de la conciencia española.

Puede, sin duda, relativizarse el alcance de la fecha de 1898 en la gestación de una conciencia crítica –representada principalmente por la llamada “Literatura del Desastre”–, que ya se encontraba en marcha desde comienzos de la década finisecular en las obras de Lucas Mallada y Ricardo Macías Picavea, y que incluso podía rastrearse su doble raíz en la recepción de un positivismo, que en España tuvo un alcance fundamentalmente crítico, desde mediados de la década de los setenta, y en la confirmación de una mentalidad regeneracionista que aparece en la década de los ochenta. Sin embargo, a nuestro juicio, siempre permanecerá como un hecho evidente que en 1898 España no sólo fue incapaz de competir con la grandes naciones europeas y con la potencia emergente norteamericana, sino igualmente de conservar, en la era del imperialismo, lo que le restaba del viejo imperio colonial ultramarino. El “98” significó el final de todo un pasado imperial y la demostración paladina de que el sistema político de la Restauración, hoy mitificado por una cierta historiografía liberal, fue tan incapaz como inepto a la hora de dar impulso al desarrollo acelerado de la sociedad española en un momento de clara expansión de las demás sociedades capitalistas. En ese sentido, la crisis del 98 fue, ante todo y sobre todo, una crisis de identidad nacional. Los valores en que hasta entonces se había sustentado el imaginario de la patria española se hundieron y no se veía claro el futuro. Entre otras cosas, la crisis noventayochista puso de relieve las profundas deficiencias del proceso español de “nacionalización de las masas”, es decir, de la participación activa del conjunto de la población en la vida política y su integración en la sociedad nacional, a través de ritos, símbolos, mitos, fiestas, monumentos, etc, al igual que de los principales agentes de socialización, desde la escuela al servicio militar. Un proceso en el que participa no sólo el

Estado, sino sociedades culturales y gimnásticas e incluso, como en el caso de Alemania e Italia, sectores importantes del movimiento obrero.¹ En España, la nacionalización de las masas fue un proceso débil y desigual. El centralismo liberal fue más “legal” que “real”². La sociedad española careció de un aparato estatal fuerte, capaz de penetrar en todos los rincones del país y desarrollar políticas económicas y culturales adecuadas para crear adhesiones y deslegitimar los movimientos secesionistas contrarios al ideal nacional.³ El Ejército nunca consiguió convertirse en un foco de nacionalización de la población, dada la fragilidad de sus estructuras, la permanencia de conflictos y guerras intestinas, la posibilidad ofrecida a las clases altas de sustituir la prestación obligatoria del servicio de armas, etc.⁴ La esencial función nacionalizadora de la escuela estuvo igualmente disminuida por la dificultad de establecer regulaciones y planes duraderos. De hecho, hasta la Ley Moyano de 1857 no se fijaron criterios firmes para la organización del servicio. Y aún después se hizo recaer la responsabilidad en los ayuntamientos. Esta realidad, que duró hasta comienzos del siglo XX, produjo desastrosas consecuencias sobre la educación, que funcionó en una situación de penuria extrema. Además, en España no tuvo lugar una ruptura real de la alianza del Trono y del Altar. La Iglesia católica mantuvo, frente al débil Estado liberal, la continuidad de su influencia en materia educativa.⁵ La idea de nación dominante en el régimen de la Restauración, teorizada por Cánovas de Castillo, fue, de hecho, una solución de compromiso entre liberalismo y tradicionalismo basada en la existencia de una “constitución interna”, cuyas instituciones fundamentales eran las Monarquía y la Iglesia católica.⁶ La obra del historiador católico Marcelino Menéndez Pelayo, que identificaba catolicismo e identidad nacional española, contribuyó a consolidar la influencia católica en la sociedad.⁷

Por otra parte, el sistema político de la Restauración distaba de ser representativo. En el fondo, fue un régimen político de pluralismo restringido. Los partidos liberal y conservador se constituyeron en agrupaciones de notables, activos, sobre todo, en períodos electorales, compuestos por comités formados por oligarquías locales que aseguraban la continuidad de la

¹ Véase George L. Mosse, *La nacionalización de las masas* (Madrid: Marcial Pons, 2005).

² Juan Pablo Fusi, *España. La evolución de la identidad nacional*. (Madrid: Temas de Hoy, 2003), 125 ss.

³ Dalmacio Negro Pavón, *Sobre el Estado en España*. (Madrid: Marcial Pons, 2007).

⁴ Francisco Puell de la Villa, *Historia del Ejército en España*. (Madrid: Alianza, 2008).

⁵ Manuel Puelles Benítez, *Educación e ideología en la España contemporánea (1767-1975)*. (Madrid: Labor,). 1991.

⁶ Pedro Carlos González Cuevas, “El pensamiento político de Antonio Cánovas del Castillo”, en Javier Tusell y Florentino Portero (dir.), *Cánovas del Castillo y el sistema político de la Restauración*. (Madrid: Biblioteca Nueva, 1997), 125 ss.

⁷ Marta Campomar, *La cuestión religiosa en la Restauración. Historia de los heterodoxos españoles*. (Santander: Fundación Menéndez Pelayo, 1984).

estructura partidarios a través de círculos, clubes, etc. Las elites del sistema recurrieron sistemáticamente al falseamiento del sufragio universal, mediante el recurso permanente al caciquismo; un fenómeno que no se configuró realmente como una corrupción pasajera del régimen parlamentario, ni como un producto del apoliticismo de las masas españolas, sino que ha de verse a través de un análisis global de la sociedad española de la época. Ciertamente, el caciquismo forma parte del entramado de una sociedad en que la burocratización de tipo patrimonial caracterizaba a la dominación de la sociedad por el Estado y donde predominaban la desarticulación y la pasividad de las masas, el localismo, etc.⁸ Sin embargo, el permanente recurso a las prácticas caciquiles se explica igualmente por la voluntad de las elites políticas de excluir la participación política y sostener el sistema político restrictivo. El caciquismo se inscribe claramente en los planteamientos canovistas y en su lógica antidemocrática. Para Cánovas, el caciquismo era “una de las formas más naturales de ponderación cuando esta ponderación no se establece legítimamente.”⁹

La debilidad de la Administración se puso de manifiesto en su incapacidad de llevar a cabo una política lingüística que convirtiera al castellano en la lengua común de los españoles; algo que tuvo como complemento la ineficacia del Estado para crear y establecer una simbología nacional: banderas, fiestas e himnos. Hasta 1908 no se estableció la obligación de implantar la bandera nacional en los edificios públicos; y hasta 1927, los bancos mercantes. El himno nacional, la Marcha Real, tampoco se declaró oficial hasta la misma fecha de 1908 y careció de letra. De la misma forma, estuvo ausente un panteón nacional al estilo, por ejemplo, de la Abadía de Westminster o del cementerio de Père Lachaise en París; lo más parecido fue el fallido Panteón de los Hombres Ilustres en la Basílica de Atocha, que no llegó a concluirse, en parte por falta de fondos y en parte por presiones clericales.¹⁰ Y es que las elites políticas liberales no fueron capaces de alimentar los signos de un nacionalismo secular que agrupara al conjunto de la población. En su lugar, se fomentó la representación simbólica de la identidad religiosa española. Por ejemplo, el 12 de octubre como fiesta nacional se identificó no sólo con la fecha del descubrimiento de América, sino con la festividad de la Virgen del Pilar.¹¹ A ello se unió que España era un país escasamente integrado desde el punto de vista de las comunicaciones internas; y su marginal situación internacional, carente, desde 1898, de hinterland colonial y sin claros enemigos exteriores.

⁸ Véase José Varela Ortega, *Los amigos políticos*. (Madrid: Alianza, 1977).

⁹ Véase José María García Escudero, *Cánovas. Un hombre para nuestro tiempo. Introducción y Antología*. (Madrid: B.A.C., 1989), 93.

¹⁰ José Álvarez Junco, *Mater Dolorosa*. (Madrid: Taurus, 2001).

¹¹ Adrian Shubert, *Historia social de España (1800-1990)*. (Madrid: Nerea, 1991), 225 ss.

Por su parte, las izquierdas obreras fueron absolutamente reacias a una síntesis entre nacionalismo español y revolución social. Los socialistas españoles, acaudillados por Pablo Iglesias, se mostraron en todo momento internacionalistas y antinacionalistas.¹²

Sobre la plataforma de esta debilidad del proyecto nacional español, la crisis de 1898 no propició, a diferencia de lo ocurrido en Francia e Italia, la aparición de alternativas nacionalistas españolas; más bien todo lo contrario. En algunas zonas, como Cataluña y el País Vasco, se comenzó a defender la realidad nacional de sus respectivas comunidades, reclamando un proyecto político diferente, apoyándose para ello en diferencias históricas, económicas, culturales e incluso étnicas, que el proyecto unitario no había conseguido eliminar; y en su particular posición dentro de sus relaciones con el resto de España.

No obstante, el llamado “espíritu del 98”¹³ supuso una reacción de tipo intelectual frente a esa realidad social y política, al igual que la búsqueda de nuevos fundamentos para un nacionalismo español alternativo. Ejemplos de esta nueva actitud fueron la nueva política propugnada por Joaquín Costa, la “intrahistoria” de Miguel de Unamuno o la “otra España” de Ramiro de Maeztu. Fue, a nuestro entender, ésta última la alternativa más coherente y radical a la crisis provocada por la derrota española ante Estados Unidos. En la obra del primer Maeztu, el tan traído y llevado “problema de España”, destinado durante muchos años a convertirse en materia de especulaciones de carácter más o menos metafísico, cobró un sentido concreto en el análisis de las relaciones sociales, políticas y económicas de la subdesarrollada sociedad española finisecular. En la primera etapa de su larga trayectoria intelectual, Maeztu aspiró a ser el intelectual orgánico de una transformación de la sociedad española en el sentido y la lógica de un nacionalismo de corte dinámico y moderno, garante de la consolidación de España como proyecto nacional unitario, al igual que de su progreso social y económico.

Maeztu, nacionalista español.

No pocos autores han interpretado la figura proteica de Ramiro de Maeztu como la de un intelectual de ritmo fluctuante, carente de postura fija, clasificando su obra en términos de total discontinuidad. No hay duda de que esta interpretación tiene sus razones. Y es que Maeztu vivió una agitada juventud de incertidumbre, sin auténticos maestros. Su obligado autodidactismo y el apremio de un periodismo de subsistencia, le llevaron a seguir las más diversas posiciones filosóficas e ideológicas, desde el

¹² Santos Juliá, *Los socialistas en la política española, 1879-1982*. (Madrid: Taurus, 1997), 155 ss.

¹³ Gonzalo Fernández de la Mora, *Ortega y el 98*. (Madrid: Rialp, 1979), 55 ss.

darwinismo social, el costismo y el nietzscheanismo juveniles hasta el kantismo y el tradicionalismo de su madurez. Sin embargo, no creo que su trayectoria intelectual pueda ser interpretada en términos de total ruptura. Indudablemente, en su obra hay una clara evolución; pero mucho más homogénea de lo que suele sostenerse. Sin duda, existen unas constantes en la obra del escritor vasco; tales como el realismo político, el elitismo intelectual, la defensa del capitalismo. No obstante, es el tema nacional, el nacionalismo español, el que no sólo revela una mayor continuidad, sino que, en nuestra opinión, conecta y unifica el conjunto de su obra. Como el propio Maeztu señaló, en una página autobiográfica, su vida estuvo consagrada al “problema de mi patria.”¹⁴ El escritor vasco se mostró en todo momento unitarista y antiseparatista. En realidad, el conjunto de su obra puede interpretarse como la búsqueda consciente de elementos vertebradores para una nación como la española que siempre consideró débil y carente de espíritu unitario.¹⁵

Vitoriano de 1874, Ramiro de Maeztu y Whitney procedía de una familia burguesa venida a menos. Su padre poseía dos ingenios de azúcar en Cuba, cuya ruina obligó al joven Ramiro a emigrar, primero a Francia, donde sufrió, entre otras cosas, por su condición de español; y luego a la propia Cuba, donde no sólo ejerció los más variados trabajos, sino que pudo percibir el profundo antiespañolismo de la población.¹⁶ El joven permaneció en la isla hasta 1894; y a su regreso a España se dedica al periodismo, instalándose en Bilbao. Enemistado con un cacique local, ha de trasladarse a Madrid y colabora en varios periódicos, entrando en contacto con otros jóvenes escritores como Manuel Bueno, Pío Baroja, José Martínez Ruíz, etc. Movilizado tras el estallido del conflicto con Estados Unidos, Maeztu fue enviado a las Baleares. Su percepción de los acontecimientos ocurridos en Palma de Mallorca no pudo ser más lacerante. No sólo la organización de la defensa resultó ser muy deficiente; lo peor fue la actitud del conjunto de la población. A su entender, el pueblo mallorquín careció de espíritu de sacrificio. En un primer momento, confraternizó con los soldados; pero a medida que comenzaba a correr el rumor de que la escuadra norteamericana había franqueado el estrecho de Gibraltar y se disponía a invadir las islas, el desdén hacia el Ejército se hizo más ostensible y la desbandada fue general. “En un solo día abandonaron Palma 20.000 paisanos; al día siguiente les siguieron otros tantos (...) Yo ví aquello, y lo que más me asombra es haber conservado cierto optimismo colectivo después de haberlo visto.”¹⁷

¹⁴ Ramiro de Maeztu, “Autobiografía”, en *Obra*. (Madrid: Editora Nacional, 1974), 199.

¹⁵ Véase Pedro Carlos González Cuevas, *Maeztu. Biografía de un nacionalista español*. (Madrid: Marcial Pons, 2003).

¹⁶ Maeztu, “Autobiografía”, en op. cit., pp. 69 ss.

¹⁷ “Recuerdos tristes. La defensa de Mallorca en 1898”, *España*, 23-II-1904.

Maeztu interpretó el Desastre como el resultado lógico del fracaso global de la sociedad española en su conjunto, anclada en valores anacrónicos e incapaz de generar algún aspecto de modernidad en su seno: “¡Responsabilidades!. La tiene nuestra desidia, nuestra pereza, el género chico, las corridas de toros, el garbanzo nacional, el suelo que pisamos, el agua que bebemos.”¹⁸ A partir de tal experiencia, Maeztu desarrolló su proyecto de modernidad social y de nacionalización de las masas españolas. Las adversas circunstancias en que hubo de desenvolverse su juventud le abocaron a una formación de autodidacta y de aluvión, que convirtió su producción intelectual en un acervo de perspectivas filosóficas y doctrinales muy diversas. Por entonces, sus ídolos eran los representantes del vitalismo, del darwinismo social y del decadentismo: Schopenhauer, Nietzsche, D’Annunzio, Sudermann, Novicow, Huxley, Kidd, Wells, Malthus, Stirner, Spencer, a los que habría que añadir Marx y Costa.¹⁹

El joven periodista veía en la figura del intelectual el agente por excelencia del cambio social y de la creación de la conciencia nacional; el articulador de “un ideal agrupador de regiones antagónicas y de clases en pugna, un ideal que extrae su fuerza del mutuo instinto de conservación.”²⁰ En ese aspecto, la influencia nietzscheana era manifiesta en el joven Maeztu; y nunca le abandonó del todo. En el superhombre se conjugaban “el hombre idea” y el “hombre voluntad”, capaz de conducir a las muchedumbres a “una vida más profunda, más grande, más noble, más intensa”. En Maeztu, el ideal de revolución industrial se expresa y tiene por sujeto al superhombre, dado que se trata, en el fondo, de una labor fáustica. A ese respecto, el periodista depositaba su esperanza en individualidades “sensatas” y “enérgicas”, que impulsaran sin trabas el desarrollo económico de la nación.²¹ Complemento del vitalismo nietzscheano era el darwinismo social. Herbert Spencer era “el verdadero creador de la ciencia social moderna.”²² El desarrollo de las sociedades consistía en la elevación del grado de sociabilidad. El máximo de cohesión social era la nación, interpretada como una sociedad natural que engarza en su seno tanto a los individuos como a las clases sociales. En el joven Maeztu, la nación no se define como una solidaridad adscriptiva, sino de forma dinámica y proyectiva, como algo que es preciso realizar en y mediante un proyecto de trascender su propia situación atrasada en el esfuerzo del desarrollo económico-social. La nación era “un niño próximo a nacer, cuyos

¹⁸ Ramiro de Maeztu, *Hacia otra España* (1899). (Madrid: Biblioteca Nueva, 1997), 102.

¹⁹ Ibidem, pp. 210. Carta al *Faro de Vigo*, 10-VIII-1902. Inserto en *Cuadernos Hispanoamericanos* nº 291, 1974, pp. 525 ss.

²⁰ “La moral que muere y la que nace”, *El Progreso*, 6-II-1898. “Solidaridad española”, *Las Noticias*, 29-IX-1899.

²¹ “Estudio sobre Sudermann”, *La España Moderna*, mayo 1898, pp. 15-16. *Hacia otra España*, p. 152. “Los libros y los hombres”, *Electra*, 16-III-1901.

²² “El wagnerismo en política”, *El Imparcial*, 1-X-1901.

primeros vagidos se perciben en esa íntima agitación que deja estupefactas a nuestras clases directoras gastadas, decadentes, próximas a morir”. Desde esta perspectiva, el patriotismo esclarecido debía ser ante todo crítico, es decir, dirigido hacia la sociedad nacional por el camino del progreso social, y no de la glorificación del pasado. A ese respecto, Maeztu vio en la obra de Joaquín Costa “la posibilidad de un patriotismo popular, de un patriotismo en el que se fundaran las ideas de patria y pueblo, un patriotismo que propugna fundamentalmente la educación y el bienestar del pueblo.”²³

La “otra” España.

A partir de tales planteamientos, Maeztu se mostró muy crítico con el régimen de la Restauración, al que calificó de “burocrático-teocrático-militar.”²⁴ Y es que el canovismo había corrompido al conjunto de la sociedad española por su política de compromisos, que juzgaba tan paralizante como engañosa.²⁵ El llamado “turno” de partidos no pasaba de ser una farsa ridícula. Silvela y Sagasta eran la doble faz de una misma realidad social y política. El Parlamento no era auténticamente representativo; tan sólo era la expresión de una parte muy minoritaria de la sociedad. Lo que estaba relacionado con la incapacidad de las distintas fuerzas sociales para crear partidos políticos que representaran sus intereses. En la sociedad española, entre los dos partidos oficiales no existían diferencias radicales; ni tan siquiera de matiz. El único motivo profundo de sus reyertas ocasionales eran el reparto de los bienes del Estado a costa del erario público: “Podrá faltar dinero para las escuelas, para los ejércitos que pelean en Cuba y Filipinas, para los obreros que no tengan trabajo en invierno... Para vosotros, no. Y después de vosotros, ¡el diluvio!”²⁶ El representante típico de la clase política de la Restauración era un experto en “manubrios, registros, expedientes, traslados, resurrecciones, llaves dobles, ganzúas y demás travesuras”; pero por completo ignorante de saberes tan decisivos como la ciencia política o la sociología.²⁷

Los liberales habían edificado un Estado sumamente débil, incapaz de unificar realmente a la nación. Su proyecto unitario nacional no había conseguido eliminar la persistencia de las diferencias histórico-culturales y económicas entre las distintas regiones españolas: “El Estado no ha logrado

²³ “Crítica. Paradojas”, *España*, 14-III-1904. “Ante las fiestas del Quijote”, *Alma Española*, 13-XII-1903. “Las dos nietas”, *España*, 17-XI-1904. Ramiro de Maeztu, *Debemos a Costa*. Madrid, 1911, pp. 45 ss.

²⁴ Maeztu, *Hacia...*, pp. 105.

²⁵ “Disolución”, *Germinal*, 30-VII-1897. “Los tres escoltas de Cataluña”, *España*, 21-III-1904.

²⁶ “Coplas de ciego”, *El País*, 28-II-1897. “Crónicas. El hambre en la política”, *Las Noticias*, 2-XII-1899. “Ideas de verano”, *La Correspondencia de España*, 4-VIII-1901. “El último actor cándido del teatro abandonado”, *La Publicidad*, 28-X-1902.

²⁷ “El wagnerismo en política”, *El Imparcial*, 1-X-1901.

ser máquina que fundiera los distintos idiomas e ideales regionales. El gallego, el andaluz, el castellano, el catalán, el mallorquín, el valenciano, el vasco, el extremeño y el asturiano siguen siendo gallegos, andaluces, castellanos, catalanes, mallorquines, valencianos, vascongados, extremeños y asturianos.”²⁸ A ello se unía su fracaso en el intento de crear un ritual o una serie de símbolos capaces de engendrar un sentimiento nacional fuerte. Comparada con la Marsellesa, la Marcha Real no pasaba de ser un himno “huero y chillón, un himno de zarzuela.”²⁹ En aquellos momentos, Maeztu no creía que el catolicismo pudiera ser una alternativa a tales insuficiencias. Y es que la modernización de la sociedad era, a su juicio, inseparable de la secularización de las conciencias. En consecuencia, el papel de la Iglesia católica en el aparato educativo resultaba negativo, porque impedía la cristalización de una mentalidad dinámica y emprendedora en el seno de las clases dirigentes españolas. La educación católica era incapaz de crear “hombres de voluntad e inventiva.”³⁰ Además, el catolicismo español era tan “ácido” que no podía garantizar la cohesión nacional y social. Esta crítica se extendía a sus portavoces intelectuales como Menéndez Pelayo, al que no dudó en calificar de “triste coleccionador de muertas naderías.”³¹ La debilidad del Estado español tenía su reflejo en su capital, Madrid. A juicio de Maeztu, se trataba de una capital frustrada, porque, a diferencia de Bilbao, Barcelona, no era ni el centro de una burguesía industrial y de negocios; y, al revés de Sevilla o Salamanca, carecía de raigambre histórica. Era más bien el núcleo de una trama de caciques locales y de políticos intrigantes, burócratas y rentistas. “Y eso no basta para dar prestigio a una capital; eso es precisamente lo que hace descargarse sobre Madrid los ayes nacionales.”³²

Los nacionalismos periféricos catalán y vasco eran otras de las amenazas tanto para el proceso de modernización como para consolidación de España como nación. La base social del bizkaitarrismo se reclutaba al margen de las clases sociales progresivas, es decir, la alta burguesía y el proletariado industriales. Los fundamentos de su proyecto político secesionista –raza, lengua, localismo y ruralismo- carecían de virtualidad histórica. Y es que la construcción de una sociedad moderna y de un mercado nacional exigían la asunción no ya del proceso inmigratorio y la urbanización, sino de un centro lingüístico capaz de garantizar plenamente la función unificadora, eliminando en posible la diversidad de idiomas y dialectos.³³ El catalanismo le parecía

²⁸ “La Nación contra el Estado”, *Revista Nueva*, 25-VIII-1899.

²⁹ “Coro de enterradores”, *El Disloque*, 26-XII-1899. “La Marsellesa y España”, *La Publicidad*, 22-XI-1901.

³⁰ “El dinero frente a la Iglesia”, *Vida Nueva*, 26-III-1899.

³¹ “Bilbao íntimo. Sigue el conflicto”, *Alma Española*, 8-XI-1903. “La actualidad. Un día echado a los perros”, *Juventud*, 15-III-1902.

³² “La infecundidad de Madrid”, *Vida Nueva*, 24-IX-1899. “Madrid, capital”, *España*, 17-VI-1904. “Administración local”, *España*, 8-IX-1904.

³³ Maeztu, *Hacia otra España*. (Madrid: Biblioteca Nueva, 1997), 105. “El libro del mes”, *La Lectura*, 30-VI-1903. “Solidaridad española”, *Las Noticias*, 29-IX-1899.

“menos instintivo y violento”; se trataba de una “mixtura de agua y fuego, de corderos y lobos, de trovas y aranceles, tan inconsistente al análisis como incomprendible al corazón”. Además, su proyecto político resultaba regresivo, precapitalista en su inspiración gremial, e incompatible, por lo tanto, con los intereses de la burguesía empresarial que decía defender.³⁴

Muy crítico se mostraba Maeztu por entonces con el socialismo español, al que acusaba de antiintelectualismo. Su líder, Pablo Iglesias, predicaba “la lucha de clases a palo seco” y defendía un marxismo dogmático, carente, en el fondo, de contenido positivo; lo que culminaba en unas actitudes muy desdeñosas e incluso hostiles hacia los hombres de cultura. Los dirigentes socialistas no parecían ser conscientes de la necesidad de contar con “espíritus superiores que critiquen magistralmente el sistema social”. De tal desprecio nacían la simplicidad y el esquematismo de los análisis sociales nacidos de la pluma de sus militantes. Igualmente, el socialismo español se caracterizaba por su exclusividad clasista, ya que tan sólo parecía pretender apoyarse en un sector socialmente restringido como era el proletariado industrial, negándose a establecer alianzas con otros partidos enemigos del statu quo: “Nada de coaliciones con partidos burgueses, siquiera sean republicanos radicales.”³⁵

De la misma forma, Maeztu criticaba a la Institución Libre de Enseñanza, porque, a su juicio, los supuestos de Giner, Salmerón, Azcárate y Odón de Buen eran tan impotentes como los católicos para crear “hombres capaces de bastarse a sí mismos”. Además, los institucionistas habían olvidado apelar a “los sentimientos nacionales, oponiendo una historia contra otra, si fuera preciso, hablando de España a todas horas, aunque no creyesen en sus glorias, como hablan japoneses e italianos, y cantando todos los himnos que fuere menester.”³⁶

Tampoco sentía Maeztu excesivo respeto por el republicanismo español. Objeto preferido de sus diatribas fue Emilio Cautelar, cuya obra era, a su juicio, una de las expresiones más palmarias de “la superficialidad de nuestro liberalismo”. Cautelar carecía, además, de dotes intelectuales; era un mero diletante, un intuitivo sin formación científica ni sistema coherente de ideas: “Niño eterno, sus pensamientos únicos fueron sus emociones; sus ideas, imágenes, no las coordinaba con reflexión, sin el ritmo.”³⁷

Fueron, sin embargo, los partidos dinásticos las fuerzas políticas más criticadas por el periodista vasco. Romero Robledo era la más alta expresión

³⁴ “El fin del regionalismo”, *El Imparcial*, 14-IX-1901. “La crisis del catalanismo”, *España*, 28-IV-1904.

³⁵ “Nuestra burguesía”, *España*, 12-III-1904. “El socialismo bilbaíno”, *Germinal*, 16-VII-1897. “Pablo Iglesias”, *España*, 28-III-1904.

³⁶ “Un libro de Giner”, *España*, 26-III-1904.

³⁷ “El optimismo de Cautelar”, *Vida Nueva*, 25-V-1899.

de la corrupción electoral y el arquetipo del político “criado en el seno del Gobierno que llevó cien mil hijos a su muerte en Filipinas y las Antillas.”³⁸ La excepción fue Antonio Maura, quien, a su juicio, acertaba en su propósito de llevar a cabo una “revolución desde arriba”. No obstante, este proyecto chocaba con el obstáculo sociológico de la ausencia de una clase media lo suficientemente fuerte como para llevarla a cabo y servirle a apoyo. Maura era, además, el representante de la “limpieza” electoral, porque “durante su gestión no se habló de subvenciones inconfesables, ni de reptiles, ni de otras alimañas”. Igualmente, alabó su viaje a Barcelona, al lado de Alfonso XIII, un gesto que había contribuido a debilitar, entre los sectores conservadores y empresariales, al catalanismo.³⁹

De aquel análisis global de la situación española se deducía, entre otras cosas, el vacío en que se desenvolvían las fuerzas sociales, políticas e intelectuales que, al menos en teoría, impelían al cambio y a la modernización. No obstante, el periodista vasco ponía entonces sus esperanzas de modernización y nacionalización en las burguesías periféricas vasca y catalana. En ese sentido, contemplaba la meseta castellana como un posible objeto de colonización y capitalización por parte de esos sectores.⁴⁰ Por ello, señalaba que los nacionalismos separatistas eran contrarios a sus intereses más profundos, ya que necesitaban de un amplio mercado nacional donde expandir sus productos.⁴¹ Sin embargo, la expansión económica era un requisito, pero no la panacea a la hora de consolidar a España como nación unida y desarrollada. Junto al desarrollo económico, se necesitaba una profunda reforma intelectual y moral. Las burguesías españolas debían desarrollar “los hábitos de sobriedad, de modestia y de trabajo que les serían preciosos para amoldarse sin grandes sufrimientos al próximo régimen de cosas.”⁴² Lo más acuciante era fomentar no sólo entre las burguesías, sino en el conjunto de la población un sentido de pertenencia a la comunidad nacional.⁴³

A juicio de Maeztu, como sabemos, el sistema educativo no estaba a la altura de las circunstancias. Tanto la escuela como la universidad creaban “gente buena, sensata y ordenada”, pero no un talante crítico e innovador.⁴⁴ Frente al modelo dominante en la enseñanza española, Maeztu propugnó un modelo de enseñanza especializado, es decir, cuyo objetivo fuese la racionalización de la sociedad y definido socialmente, en consecuencia, por unos saberes concretos como la sociología y la geografía. Ambos saberes

³⁸ “Romero Robledo en el desierto”, *Las Noticias*, 2-VIII-1900.

³⁹ “Maura y la clase media”, *El Pueblo Vasco*, 3-IX-1903. “La moraleja de las elecciones”, *Alma Española*, 15-XI-1903. “La crisis del catalanismo”, *Alma Española*, 28-IV-1904. “Por Cataluña”, *Alma Española*, 30-IV-1904.

⁴⁰ Maeztu, *Hacia...*, pp. 211.

⁴¹ “Los bizkaitarras”, *El Imparcial*, 23-VI-1901.

⁴² “Buenos y malos pastores”, *El Imparcial*, 8-III-1902.

⁴³ “El deber social del Ejército”, *El Imparcial*, 13-II-1902.

⁴⁴ “La Universidad”, *El Nuevo País*, 15-X-1898.

tenían un indudable contenido racionalizador. La sociología enseñaba que el proceso de transición hacia una sociedad de corte industrial implicaba a la vez una transferencia de lealtades desde las comunidades locales hacia la comunidad nacional. En definitiva, la sociología llevaba, por pura coherencia, a un “concepto romano de la Patria.”⁴⁵ Por su parte, la geografía era imprescindible para lograr una auténtica educación patriótica, ya que favorecía la valoración de las posibilidades materiales de la nación y, sobre todo, porque proporcionaba un conocimiento preciso de las causas físicas y materiales de la crítica situación del país y proponer soluciones para facilitar la regeneración nacional.⁴⁶

Maeztu insistía, además, en la importancia de la promoción y estimulación de deportes tales como la equitación, la gimnasia, esgrima, el tiro al blanco, etc; lo cual socializaría entre la población “el culto del valor, de la generosidad y hasta del cuerpo humano”. Y es que la formación de una fuerte conciencia nacional estaba unida a la mejora generalizada de las cualidades físicas de los españoles. El deporte era no sólo un vehículo de gloria colectiva, sino un imperativo de mejora personal. La principal contribución de los pueblos anglosajones al mundo civilizado había sido la extensión del espíritu deportivo en la escuela y en las universidades, algo que debía ser un ejemplo para los españoles: “La nación que quiera ser respetada, y tener existencia independiente de la voluntad ajena, ha de componerse de hombres recios y resueltos; persuadidos de su superioridad a los demás, que se crean predilectos de la Providencia y reservados por ella para los más altos destinos; miembros de una raza heroica, temida y admirada por todos.”⁴⁷

La socialización de las elites y de las masas españolas chocaba con obstáculos muy graves como era la pobreza del Estado y su ineficacia. Según Maeztu, el Ejército podría ser un elemento de cohesión social. A ese respecto, no dudaba en autodefinirse como “militarista convencido”. A falta de un instrumento de gobierno que ligara orgánicamente el Estado con la gran masa de la población, el Ejército se configuraba como “el único medio de que disponen los gobiernos para relacionarse y comunicarse con las clases desprovistas de cultura”. Se trataba del único elemento nacionalizador de que disponía la sociedad española. Al Ejército correspondía la misión de formar “ese espíritu nacional que tanto contribuye al resurgimiento de la ciencia, las letras, la industria y demás actividades de la ciencia moderna.”⁴⁸ Sin embargo, la misión social del Ejército se veía obstaculizada por la inexistencia de una

⁴⁵ “Crónicas. ¿Paradojas?”, *España*, 14-III-1904. “Filosofía de un debate”, *España*, 7-XII-1904.

⁴⁶ “Terrestres”, *Diario Universal*, 29-III-1903.

⁴⁷ “La educación intelectual”, *La Correspondencia de España*, 10-III-1901. “Las pedreas de mi barrio”, *La Correspondencia de España*, 20-III-1901. “La cultura física y la civilización moderna”, *La Correspondencia de España*, 13-III-1901.

⁴⁸ “Deber social del Ejército”, *El Imparcial*, 13-II-1902.

idea nacional a partir de la cual pudiera articularse el conjunto de la sociedad española. Tal era, no obstante, la misión de “los individuos pertenecientes a las clases intelectuales: los maestros, los escritores, los profesores, los hombres públicos, los poetas, los mismos oficiales, no en cuanto militares, sino como pedagogos.”⁴⁹ La literatura y el arte eran unos elementos de primer orden a la hora de configurar una nueva conciencia nacional. Siempre tuvo Maeztu una concepción pragmática del arte. La función de toda creación artística era actuar de modo evocador y despertar emociones y estímulos para la acción. El hecho nacional se expresaba también en sus mitos literarios. Tales mitos podían ser fuerzas positivas que inspirasen dinámicamente la conciencia militante del colectivo nacional o negativos, es decir, paralizadores de esa acción. A ese respecto, Maeztu comparaba a Hamlet con Don Quijote. Mientras que el primero había servido de acicate y excitación a una nación tan pujante como Inglaterra, dueña de un gran imperio colonial, España había tenido por norte el ideal quijotesco, encarnación histórica de la decadencia nacional: “En torno a las dos grandes obras se ha venido cristalizando el alma de los dos grandes pueblos. Inglaterra ha conquistado un imperio; España ha perdido el suyo.”⁵⁰

La pintura podía contribuir de la misma forma a la forja de esa nueva conciencia nacional, mediante el fomento del amor al paisaje español. Entre los pintores españoles más valorados por Maeztu se encontraba Losada, Iturrino, Uranga, Regoyos y, sobre todo, Zuloaga, a quien consideraba un realista heredero de El Greco, Velázquez y Goya.⁵¹ La escultura no había tenido, en opinión de Maeztu, un desarrollo importante en España, donde sólo había, a su juicio, “picapedreros mendicantes”, carentes de auténtico espíritu patriótico. El ejemplo a seguir era el de Francia, donde Rodin había sido capaz de expresar íntimamente el sentido de las aspiraciones de su país, algo que en España parecía extraño: “Rodin sintió a Balzac, ¡si nuestros escultores sintieran a España!”⁵²

En economía, Maeztu propugnaba una política proteccionista, que salvaguardara y sirviera de apoyo a la economía nacional, frente a la dependencia que sufría del exterior, “que diera alientos a nuestra industria y que nos sustrajera al movimiento económico del mundo”. Esa era la única solución posible mientras España fuese una nación subdesarrollada y dependiente: “Para ser proteccionistas o, lo que es lo mismo, para regenerarnos, necesitamos antes ser fuertes y para ser fuertes, necesitamos

⁴⁹ “Patria y Ejército”, *España*, 22-X-1904.

⁵⁰ “Ante las fiestas del Quijote”, *Alma Española*, 13-XII-1903. “Hamlet y Don Quijote”, *España*, 28-XI-1904.

⁵¹ “La nueva pintura española”, *La Lectura*, mayo de 1903, pp. 18 ss. “Reyes del pincel”, *Diario Universal*, 30-V-1903. “Los asuntos de Zuloaga”, *Heraldo de Madrid*, 9-III-1910.

⁵² “Cábalas y dudas”, *Diario Universal*, 22-III-1903.

antes regenerarnos.”⁵³ En ese aspecto, Maeztu dedicaba una especial atención a las transformaciones demográficas. Para llegar a ser una gran potencia, España necesitaba una población de setenta millones de habitantes.⁵⁴

Mientras expresaba aquellas opiniones y pensamientos, Maeztu comenzó a manifestar su preocupación por la dimensión política que albergaban sus proyectos regeneradores. A la altura de 1904, resaltó la ausencia de un “partido de los pobres”, que representara a los sectores sociales que no eran ni conservadores ni socialistas, es decir, de los “pequeños labradores propietarios de sus tierras, la mayoría de los comerciantes y de los industriales, el profesorado, los intermediarios de todas las clases, casi todo el personal técnico de la industria y del tráfico, los artistas y los intelectuales”. Este nuevo partido era el necesario contrapeso de “la influencia de los ricos en su estrechez, con su clericalismo absolutista.”⁵⁵

Poco después de que manifestara tales opiniones, se inició un período crucial en la trayectoria intelectual y vital del periodista vasco. Incoado proceso criminal contra él, a causa de un estacazo propinado al dibujante Poveda, que, a su vez, había atacado a Valle-Inclán, Maeztu aprovechó la oferta del diario *La Correspondencia de España*, para trabajar como corresponsal en Londres, donde residiría hasta 1919. Sin abandonar su preocupación nacional, Maeztu entró, influido por la situación política y cultural inglesa, en otro tipo de planteamientos y de estrategias políticas.

⁵³ “El alimento y la higiene”, *La Correspondencia de España*, 29-IX-1901.

⁵⁴ “Emigración”, *España*, 24-XI-1904.

⁵⁵ “Por Cataluña”, *Alma Española*, 30-IV-1904.